

Apolo y Dafne (OVIDIO: *Metamorfosis*, libro I, versos 452-567)

Fue Dafne, la hija del Peneo [*dios-río de Tesalia*], el primer amor de Febo [*Apolo*]: éste no lo ocasionó un ciego azar, sino la rencorosa crueldad de Cupido. Poco ha el Delio [*Apolo*], orgulloso de haber vencido a la serpiente, lo había visto doblar el arco tensando la cuerda y le había dicho: «¿Qué tienes tú que ver, niño juguetón, con las armas de los valientes? Estas gestas convienen a mis hombros, puesto que soy capaz de producir certeras heridas a los animales y producirlas a un enemigo, yo que no ha mucho he abatido, hinchada por numerosas flechas, a Pitón, que con su vientre portador de ponzoña ocupaba tantas yugadas. Tú date por satisfecho mientras provocas con tu antorcha no sé qué amores y no aspire a las alabanzas que me pertenecen.» A éste le responde el hijo de Venus: «Que tu arco atraviere todas las cosas, Febo, a ti el mío, y cuanto todos los animales son inferiores a un dios, tanto menor es tu gloria que la mía.»

Dijo, y surcando el aire con batientes alas rápido se detuvo en la umbría ciudadela del Parnaso y de su aljaba portadora de flechas envió dos dardos de diferente actividad: uno pone en fuga al amor, el otro lo provoca; el que lo provoca es de oro y resplandece en su aguda punta, el que lo pone en fuga es romo y tiene plomo bajo la caña. Este lo clavó el dios en la ninfa Peneide [*hija de Peneo*], con aquél, en cambio, hirió a Apolo en lo más íntimo atravesando sus huesos: al punto uno ama, la otra huye del nombre del amante feliz con los escondrijos de los bosques y los despojos de los animales cazados y émula de la casta Febe; una cinta sujetaba sus cabellos dispuestos sin orden. Muchos la pretendieron, ella rechazando a los pretendientes, sin poder soportar un marido y libre de él, recorre los inaccesibles bosques y no se preocupa de qué es Himeneo, qué Amor, qué las bodas. A menudo su padre le decía: «me debes un yerno, hija», a menudo su padre le decía: “me debes nietos, hija”: ella, que odiaba las antorchas conyugales como un crimen había cubierto su bello rostro de pudoroso rubor y en los cariñosos brazos de su padre, abrazada a su cuello, le decía: «Permíteme, queridísimo padre, gozar de eterna virginidad: antes le concedió esto a Diana su padre”.

Él, en efecto, se muestra complaciente; pero a ti ese mismo encanto te impide que se dé lo que ansías y tu belleza se opone a tus aspiraciones. Febo está enamorado y desea las bodas con Dafne nada más verla, y confía en que lo que desea y le engañan sus propios oráculos; y de la misma manera que la ligera paja se quema una vez segada la espiga, al igual que arden los setos con las antorchas que por azar un caminante acercó demasiado o abandonó al amanecer, así se inflamó el dios, así arde en todo su pecho y alimenta con su esperanza un amor estéril. Observa que sus cabellos caen sin arreglo en su cuello y dice: «¿Qué si se peinan?»; ve los ojos que brillan con fuego como las estrellas, ve los besos que no es suficiente haber visto; alaba sus dedos y sus manos y sus brazos y también sus antebrazos desnudos en más de la mitad: si algo está oculto, piensa que es lo mejor.

Ella más rápida que la ligera brisa huye y no se detiene ante estas palabras de quien la quiere hacer volver: «Ninfa, hija del Peneo, detente, te lo ruego! no te persigo como enemigo; ¡ninfa, detente! Así huye la cordera del lobo, así la cierva del león, así las palomas con alas temblorosas del águila, y cada una de sus enemigos naturales; el amor es para mí la causa de la persecución. ¡Desgraciado de mí! No caigas al suelo, y las zarzas no señalen tus piernas que no merecen ser heridas y sea yo para ti motivo de dolor. Escabrosos son los lugares por donde te lanzas: corre, por favor, con más prudencia y refrena tu huida: yo mismo te perseguiré con mayor moderación. No obstante, averigua a quién agradas; yo no

soy un habitante del monte, no soy un pastor, no guardo aquí, desaliñado, mis vacadas y rebaños. No sabes, atolondrada, no sabes, de quién huyes y por ello huyes. Bajo mi dominio están la tierra de Delfos y Claros y Ténedos y el palacio de Pátara; Júpiter es mi padre; por mediación mía se evidencia lo que va a ser, lo que ha sido y lo que es; gracias a mí se acomodan armónicamente los poemas a las cuerdas. Sin duda, mi flecha es certera, sin embargo, más certera que la mía es una sola que ha producido heridas en un vacío pecho. Mío es el descubrimiento de la medicina y soy llamado por todo el mundo auxiliador y está sometido a mí el poder de las hierbas: ¡ay de mí, pues el amor no puede curarse con hierba alguna y no sirve de nada a su dueño la ciencia que a todos beneficia!.

Del que intentaba decir todavía más cosas huyó la hija del Peneo con temerosa carrera y dejó atrás las palabras sin terminar a la vez que al dios, también entonces se la ve hermosa; el viento desnudaba su cuerpo, los soplos que salían a su encuentro agitaban el vestido que oponía resistencia y una ligera brisa con su empuje le echaba hacia atrás los cabellos, y su hermosura se ve aumentada con la huida. Pero el joven dios no soporta más estar falto de caricias y, según aconsejaba el propio amor, sigue con paso apresurado sus huellas. Como cuando un perro de la Galia ha visto una liebre en un desierto labrantío y éste con sus patas busca la presa, aquélla su salvación (uno, semejante al que está a punto de alcanzarla, espera obtenerla de un momento a otro y roza con su dilatado morro sus huellas; la otra está en la duda de si ha sido apresada y se arranca de los mismos mordiscos y deja la boca que la roza): así el dios y la doncella; éste es rápido por la esperanza, ella por el temor. Sin embargo, el que persigue, ayudado por las alas del amor, es más rápido y se niega el descanso y está a punto de alcanzar la espalda de la que huye y sopla sobre la cabellera extendida por el cuello. Agotadas sus fuerzas, ella palideció y, vencida por el esfuerzo de la rápida huida, dice, contemplando las aguas del Peneo": «¡Ayúdame, padre», exclama, «si los ríos tenéis poder divino! ¡Haz desaparecer con un cambio esta figura, con la que he gustado en demasía!».

Apenas acabado el ruego, un pesado entorpecimiento se adueñó de sus miembros: su blando pecho es rodeado de fina corteza, sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas; su pie, hace poco tan veloz, se queda fijo con lentas raíces, el lugar de su rostro lo tiene la copa: en ella permanece solamente su belleza. También la ama Febo y, posando su diestra en el tronco, siente que su pecho tiembla todavía bajo la reciente corteza y, abrazando con sus brazos sus ramas como si fueran miembros, da besos a la madera: con todo, la madera rechaza sus besos. A ésta el dios le dijo: «Y, puesto que no puedes ser mi esposa, en verdad serás mi árbol. Siempre te tendrán, laurel, mi cabellera, mi cítara, mi aljaba. Tú acompañarás a los alegres generales, cuando una alegre voz cante el triunfo y el Capitolio contemple largos desfiles. Tú misma como la más leal guardiana de la casa de Augusto estarás en pie ante las puertas y protegerás la encina que está en medio, y, del mismo modo que mi cabeza es la de un joven con los cabellos sin cortar, lleva tú también siempre los honores perpetuos». Había acabado Peán [*Apolo*]: el laurel asintió con sus ramas recién creadas y pareció que había agitado su copa como una cabeza.

Texto tomado de la edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M.ª Iglesias, Madrid, Cátedra, col. Letras Universales, 2003, 5ª ed.

Para consultar nombres mitológicos y geográficos:

- Diccionario de Mitología griega y romana:
<http://www.alandalus-siglo21.org/mitog/griega.htm>

- El Olimpo.com: <https://www.elolimpo.com/>
- Rea. Mitología griega: <http://rea.kelpienet.net/index.php>
- Encyclopedia Mythica (en inglés): <https://pantheon.org/>

Eco y Narciso (OVIDIO: *Metamorfosis*, libro III, versos 339-510)

Aquél [*el adivino Tiresias, protagonista del episodio anterior a este*], muy famoso en las ciudades jonias, daba respuestas irreprochables a la gente que se las pedía; la primera en comprobar la credibilidad y poner a prueba el oráculo fue la azulada Liríope, a la que en otro tiempo abrazó con sus sinuosas corrientes el Cefiso [*dios-río de la región de Fócide*] y la violó encerrada en sus aguas. La hermosísima ninfa dio a luz de su vientre repleto un niño que también entonces podía ser amado y lo llamó Narciso; consultado sobre si él habría de ver la lejana época de una madura senectud, el profético vate dice: «Si no llega a conocerse».

Durante largo tiempo pareció infundado el vaticinio del augur; el resultado, la realidad, el tipo de muerte y lo novedoso de la locura amorosa lo demuestra. Efectivamente, el hijo del Cefiso había añadido un año a los quince y podía parecer un niño y un adolescente: muchos jóvenes, muchas doncellas lo desearon; pero (tan cruel orgullo hubo en tan tierna belleza) ningún joven, ninguna doncella lo impresionó. Contempla a éste, que azuza hacia las redes a los asustadizos ciervos, la habladora ninfa, que no aprendió a callar ante el que habla ni a hablar ella misma antes, la resonante Eco. Hasta ahora, Eco era un cuerpo, no una voz; pero, parlanchina, no tenía otro uso de su boca que el que ahora tiene, el poder repetir de entre muchas las últimas palabras. Esto lo había llevado a cabo Juno, porque, cuando tenía la posibilidad de sorprender a las ninfas que yacían en el monte a menudo bajo su Júpiter, ella, astuta, retenía a la diosa con su larga conversación, hasta que las ninfas pudieran escapar. Cuando la Saturnia [*Juno*] se dio cuenta de esto, dijo: «De esa lengua, con la que he sido burlada, se te concederá una mínima facultad y un muy limitado uso de la palabra», y con la realidad confirma las amenazas; ésta, sin embargo, duplica las voces al final del discurso y devuelve las palabras que ha oído.

Así pues, cuando vio a Narciso, que vagaba por apartados campos, y se enamoró, a escondidas sigue sus pasos, y cuanto más lo sigue más se calienta con la cercana llama, no de otro modo que cuando el inflamable azufre, untado en la punta de las antorchas, arrebató las llamas que se le han acercado. ¡Oh, cuántas veces quiso acercarse con lisonjeras palabras y añadir suaves ruegos! Su naturaleza lo impide y no le permite empezar; pero, cosa que le está permitida, ella está pronta a esperar sonidos a los que puede devolver sus propias palabras. Por azar el joven, apartado del leal grupo de sus compañeros, había dicho: «¿Alguno está por aquí?», y «está por aquí» había respondido Eco. Él se queda atónito y, cuando lanza su mirada a todas partes, grita con fuerte voz: «ven»: ella llama a quien la llama. Se vuelve a mirar y de nuevo, al no venir nadie, dice: «¿Por qué me huyes?», y tantas veces cuantas las dijo, recibió las palabras. Insiste y, engañado por la reproducción de la voz que le contesta, dice: «En este lugar junémonos» y Eco, que nunca habría de responder con más agrado a ningún sonido, repitió: «junémonos», y ella misma favorece sus palabras y, saliendo de la selva, iba a arrojar sus brazos al deseado cuello. Huye él y, al huir, aleja las manos del abrazo. «Moriré antes», dice, «de que te adueñes de mí.» Ella no repitió nada a no ser «te adueñes de mí». Despreciada se oculta en el bosque y avergonzada cubre su cara con ramas, y a partir de entonces vive en solitarias cuevas; pero, sin embargo, el amor está dentro y crece con el dolor del rechazo: y las insomnes preocupaciones amenguan su cuerpo que mueve a compasión, y la delgadez contrae su piel, y todo el jugo de su cuerpo se va hacia los aires; solamente le quedan la voz y los huesos: permanece la voz; cuentan que los huesos adoptaron la figura de una piedra. A partir de ese momento se oculta en los bosques y no es vista en montaña alguna, es oída por todos: el sonido es el que vive en ella.

Así se había burlado de ésta, así éste de otras ninfas nacidas en las aguas o en los montes, así antes de las relaciones con hombres; por ello, uno de los despreciados, alzando sus manos al éter, había dicho: «¡Ojalá él mismo ame así, que así no se adueñe de lo amado!». La Ramnusia [*Némesis, diosa de la venganza*] asintió a los justos ruegos. Había una fuente cristalina, plateada, de aguas transparentes, que no habían tocado ni los pastores, ni las cabrillas que pastan en el monte, ni otro tipo de ganado, que no había perturbado ninguna ave, ni fiera, ni una rama caída de un árbol; había alrededor un césped, al que alimentaba la cercana humedad y una arboleda que no habría de permitir que el lugar se entibiase con sol alguno. Aquí el joven, cansado por la afición a la caza y por el calor, se recostó cautivado por el aspecto del lugar y su fuente y, mientras desea calmar la sed, otra sed creció, y, mientras bebe, atraído por la imagen de la belleza contemplada, ama una esperanza sin cuerpo, piensa que es un cuerpo lo que es agua. Se queda estupefacto a la vista de sí mismo y, sin mover su propio rostro, se mantiene inmóvil como una estatua cincelada de mármol de Paros. Apoyado en la tierra, contempla el doble astro, sus ojos, y sus cabellos dignos de Baco y también dignos de Apolo y las lampiñas mejillas y el marfileño cuello y la belleza de la boca, y el rubor mezclado con névea blancura y admira todas las cosas por las que él mismo merece admiración. Sin saberlo se desea y él mismo, que da la aprobación, la recibe, y mientras busca es buscado y a la vez incendia y se inflama.

¡Cuántas veces dio vanos besos a la fuente traicionera! ¡Cuántas veces sumergió sus brazos, que intentaban coger el cuello visto en medio de las aguas, y no quedó preso en ellos! No sabe qué ve, pero se abrasa en lo que ve y la misma ilusión que lo engaña incita sus ojos. Crédulo, ¿por qué intentas coger en vano esquivas imágenes?. Lo que buscas no está en ningún sitio; lo que amas, apártate, lo perderás. Esta que ves es la sombra de tu imagen reflejada: nada tiene ésta de sí misma: contigo viene y se queda, contigo se apartará en caso de que seas capaz de apartarte. No pueden arrancarlo de allí ni la preocupación de Ceres [*es decir, la necesidad de alimentarse*] ni la preocupación del descanso, sino que, echado en la oscura hierba, contempla con ojos que nunca se sacian la engañosa belleza y él mismo muere por sus ojos y, levantándose un poco, tendiendo sus brazos al bosque que se alza en derredor, dice: «¿Quién, oh selvas, ha amado con mayor tortura? Pues lo sabéis y habéis sido para muchos favorable escondrijo. ¿De quién, puesto que tantos siglos de vuestra vida han pasado, os acordáis que así haya languidecido en tan largo tiempo? Me agrada y lo veo, pero lo que veo y me agrada no lo encuentro empero: ¡tan gran engaño se apodera del enamorado! Y, para que mi dolor sea mayor, ni nos separa un enorme mar, ni un camino, ni montañas, ni murallas de cerradas puertas: ¡Me lo impide un poco de agua!» ¡Él mismo desea ser tomado! «Pues, cuantas veces acerco mis besos a las límpidas aguas, tantas veces éste se esfuerza con la boca hacia arriba en mi busca; pensarías que se puede tocar: apenas es nada lo que es obstáculo para los amantes. ¡Quienquiera que seas, sal aquí! ¿Por qué, joven sin igual, me engañas y a dónde te vas al ser buscado? Ciertamente ni mi hermosura ni mi edad merecen que huyas, y a mí incluso me han amado las ninfas. No sé qué esperanza me prometes con tu amigable semblante, y, cuando yo alargo mis brazos hacia ti, a tu vez los alargas; cuando río, ríes a tu vez; también a menudo he observado tus lágrimas al verter lágrimas yo; igualmente, con tu asentimiento de cabeza contestas a mis señas y, según conjeturo por el movimiento de tu hermosa boca, respondes con palabras que no llegan a mis oídos. ¡Ese soy yo! Me doy cuenta; y no me engaña mi imagen: me abraso de amor por mí, y muevo y sufro las llamas. ¿Qué puedo hacer? ¿Debo ser rogado o rogar? ¿Qué voy a rogar entonces? Lo que deseo está conmigo: mi riqueza me ha hecho pobre. ¡Oh, ojalá pudiera apartarme de mi propio cuerpo! ¡Un deseo original en un amante: quisiera que lo que amo estuviera lejos! Y ya el dolor me quita las fuerzas y a mi vida no le queda mucho tiempo y me extingo en mi primera edad. Y no es agobiante la muerte para

mí, que con la muerte voy a abandonar los dolores: ¡Quisiera que fuese más duradero éste al que amo! Ahora los dos en armonía moriremos en un solo aliento.»

Dijo, y, desequilibrado, se volvió hacia su misma cara y enturbió las aguas con sus lágrimas y, al moverse el estanque, le devolvió una imagen difusa. Al ver que ésta desaparecía, gritó: «¿Adónde te escapas? ¡Quédate y no me abandones, cruel, a mí que estoy enamorado! ¡Que se me permita ver lo que no puedo tocar y alimentar mi desgraciada locura de amor!». Mientras se lamenta, bajó sus vestiduras desde lo alto del escote y golpeó su desnudo pecho con sus manos de mármol. El golpeado pecho adoptó un tono rosáceo, no de otro modo que suelen las manzanas, que en parte son blancas, en parte enrojecen, o como suele la uva aún no madura adoptar un color púrpura en los variopintos racimos. Tan pronto como lo contempló en el agua de nuevo transparente, no lo soportó más, sino que, como suele derretirse la amarillenta cera con un suave fuego y la mañanera escarcha con el tibio sol, así, debilitado por el amor, se convierte en líquido y poco a poco es consumido por un fuego oculto, y ya no existe aquel color de un rubor mezclado con blancura, ni vigor, ni fuerzas ni las cosas que le gustaba contemplar, ni permanece el cuerpo que en otro tiempo Eco había amado. Sin embargo, cuando ésta lo ve, aunque enfurecida y rencorosa, se dolió, y cuantas veces el joven que mueve a compasión había dicho «¡Ay!», ella con resonante voz repetía «¡Ay!». Y cuando él había golpeado sus miembros con sus manos, ella también devolvía el mismo sonido del golpe. Ésta fue la última frase del que se contemplaba en la acostumbrada agua: «¡Ay, joven amado en vano!», y otras tantas palabras devolvió el lugar, y, al decir adiós, «adiós» dijo también Eco. Él dejó reposar su agotada cabeza en la verde hierba, la muerte cerró los ojos que admiraban la belleza de su dueño. Incluso entonces, después de que fue recibido en la sede infernal, se contemplaba en el agua Estigia.

Lloraron las náyades, sus hermanas, y depositaron sus cabellos cortados en honor de su hermano, lloraron las driades: Eco devuelve el sonido a las que lloran. Y ya preparaban la pira, las agitadas antorchas y el féretro: en ninguna parte había un cuerpo, en lugar de cuerpo encontraron una flor azafranada que rodeaba el centro con blancas hojas.

Texto tomado de la edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M.^a Iglesias, Madrid, Cátedra, col. Letras Universales, 2003, 5ª ed.

Para consultar nombres mitológicos y geográficos:

- Diccionario de Mitología griega y romana: <http://www.alandalus-siglo21.org/mitog/griega.htm>
- El Olimpo.com: <https://www.elolimpo.com/>
- Rea. Mitología griega: <http://rea.kelpienet.net/index.php>
- Encyclopedia Mythica (en inglés): <https://pantheon.org/>

Píramo y Tisbe (OVIDIO: *Metamorfosis*, libro IV, versos 55-166)

«Píramo y Tisbe, el uno el más hermoso de los jóvenes, la otra la más destacada de las doncellas que Oriente produjo, tenían dos casas adosadas donde se dice que Semíramis [*legendaria reina de Babilonia*] había ceñido de murallas de ladrillo su elevada ciudad. La vecindad provocó el conocimiento y sus primeros encuentros, con el tiempo creció el amor; también se habrían unido por la leyes conyugales, pero lo prohibieron sus padres; lo que no pudieron prohibir, los dos ardían por igual con sus pensamientos cautivos. Lejos está cualquier cómplice, se hablan por gestos y señas y, cuanto más se oculta, más se abrasa el ocultado amor. La pared común a una y otra casa estaba hendida por una pequeña rendija, que se había producido en otro tiempo cuando se construía; este defecto no evidente para nadie a lo largo de los siglos (¿de qué no se da cuenta el amor?) lo visteis por primera vez vosotros enamorados y lo convertisteis en camino de la voz; por él solían transitar seguras vuestras lisonjeras palabras en un murmullo apenas audible. A menudo, cuando estaban por esta parte Tisbe, por aquella Píramo, y mutuamente habían notado el aliento de su boca, decían: “Celosa pared, ¿por qué eres un obstáculo para los enamorados? ¿Qué dificultad había en que nos permitieras unirnos con todo nuestro cuerpo, o, si esto es excesivo, que te abrieras para besarnos? Y no somos desagradecidos: confesamos que te debemos que se haya concedido un paso para las palabras hasta los oídos de los amantes.”

Hablando así desde lugares en vano separados, al llegar la noche dijeron “adiós”, y cada uno dio a su parte besos que no llegaban al otro lado. La Aurora siguiente había puesto en fuga los fuegos de la noche y el Sol con sus rayos había secado las hierbas llenas de escarcha: se reunieron en el lugar acostumbrado. Entonces, tras lamentarse antes con suave murmullo de muchas cosas, se ponen de acuerdo para, en el silencio de la noche, intentar engañar a sus guardianes y salir de las puertas, y, cuando estén fuera de su hogar, abandonar también las casas de la ciudad, y, para no equivocarse al caminar por el extenso labrantío, reunirse junto al sepulcro de Nino [*esposo de la babilonia Semíramis*] y ocultarse bajo la sombra del árbol: había allí un árbol cargado de frutos blancos como la nieve, un alto moral, muy cerca de una fresquísima fuente. Les agrada el acuerdo; y la luz que parecía alejarse con lentitud se precipita a las aguas, y la noche surge de las mismas aguas:

Tisbe, tras haber girado el gozne de la puerta, sale cautelosa a través de las tinieblas y engaña a los suyos, y con el rostro cubierto llega junto a la tumba y se sienta bajo el árbol acordado: el amor la hacía audaz. He aquí que llega una leona, manchadas sus fauces espumeantes por la reciente matanza de unos bueyes, a aplacar su sed en el agua de la fuente cercana; la vio de lejos, a la luz de la luna, la babilonia Tisbe y con temeroso pie se refugia en una oscura cueva y, en su huida, dejó abandonado el velo que había resbalado de su espalda. Cuando la furiosa leona sació su sed con abundante agua, mientras vuelve al bosque, destrozó casualmente con su hocico ensangrentado el ligero velo encontrado sin su dueña. Píramo, que había salido más tarde, vio en el abundante polvo las certeras huellas de una fiera y palideció en todo su rostro; pero, cuando encontró además el velo teñido de sangre, dijo: “Una sola noche perderá a dos amantes, de los que ella ha sido más digna de una larga vida; mi alma es culpable. Yo te he matado a ti, digna de compasión, yo que te he ordenado que vinieras de noche a unos parajes llenos de miedo y no he venido aquí el primero. ¡Desgarrad mi cuerpo y consumid mis criminales entrañas con fiero mordisco, leones, cualquiera que seáis los que habitáis junto a esta roca! Pero es propio de un cobarde desear la muerte.” Coge el velo de Tisbe y lo lleva consigo a la sombra del árbol convenido y, después de que derramó lágrimas y dio besos a la conocida vestimenta, dijo: “¡Recibe

ahora también el sorbo de mi sangre!” y hundió en sus ijares el hierro del que estaba ceñido, y sin tardanza lo sacó moribundo de la herida que bullía y quedó echado en tierra boca arriba: la sangre salta hacia lo alto, no de otro modo que cuando a causa del plomo deteriorado se rompe una cañería y por el pequeño agujero que rechina expulsa gran cantidad de agua y quiebra el aire con su golpeteo . Los frutos del árbol, con el rociado de la herida, adoptan un aspecto negro y la raíz, humedecida por la sangre, tiñe de color púrpura las moras que cuelgan.

He aquí que sin haber perdido el miedo, para no fallar a su amante, ella vuelve y busca con sus ojos y con su corazón al joven y desea ardientemente referirle cuántos peligros ha evitado; y al tiempo que reconoce el lugar y la forma en el árbol que ha visto, al mismo tiempo la hace vacilar el color del árbol: no está segura de si es ése. Mientras duda, ve que unos temblorosos miembros golpean el suelo ensangrentado y retrocedió y, adoptando un rostro más pálido que el boj, se estremeció como el mar que resuena al rozar su superficie una ligera brisa. Pero, después de que, al detenerse, reconoció a su amante, azota sus brazos que no lo merecen con sonoros golpes y, mesándose los cabellos y abrazando el cuerpo amado, llenó de lágrimas las heridas y mezcló su llanto con la sangre y, dando apretados besos al helado rostro, gritó: “Píramo, ¿qué desgracia te ha arrancado de mí? ¡Píramo, responde! Te llama, querido mío, tu Tisbe: óyeme y levanta tu rostro que yace en tierra!” Al nombre de Tisbe, Píramo elevó sus ojos pesados ya por la muerte y, al verla, los cerró. Ella, tras haber reconocido su velo y ver el marfil libre de espada, dice: “¡Tu mano y tu amor te han perdido, desgraciado! También yo tengo una fuerte mano para esto solo, también yo tengo amor: él me dará fuerzas para herirme. Te seguiré en la muerte y seré llamada la más desgraciada causa y compañera de tu muerte; y tú, que, ¡ay!, sólo con la muerte podías ser apartado de mí, no podrás ser apartado con la muerte. Sin embargo, acoged las palabras de súplica de ambos, oh muy desgraciados padres mío y de aquél, que a quienes ha unido un certero amor, a quienes la última hora, no les quitéis ser enterrados juntos en la misma tumba. En cuanto a ti, árbol que ahora cubres con tus ramas el cuerpo digno de compasión de uno solo, inmediatamente serás cobertura de dos, retén las señales de la muerte y produce siempre frutos negruzcos y adecuados al luto, recuerdo de la doble sangre.” Dijo y, tras haber dispuesto la punta bajo su pecho, se lanzó sobre la espada, que todavía estaba tibia de muerte. Sin embargo, sus súplicas alcanzaron a los dioses, alcanzaron a los padres: pues el color es negro en el fruto cuando madura y lo que queda de sus piras descansa en una sola urna.»

Texto tomado de la edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M.ª Iglesias, Madrid, Cátedra, col. Letras Universales, 2003, 5ª ed.

Para consultar nombres mitológicos y geográficos:

- Diccionario de Mitología griega y romana:
<http://www.alandalus-siglo21.org/mitog/griega.htm>
- El Olimpo.com: <https://www.elolimpo.com/>
- Rea. Mitología griega: <http://rea.kelpienet.net/index.php>
- Encyclopedia Mythica (en inglés): <https://pantheon.org/>

Sálmacis y Hermafrodito (OVIDIO: *Metamorfosis*, libro IV, versos 285-388)

Había hablado [*una de las tres hijas de Minias que acaba de contarles un mito a sus hermanas*], y el admirable hecho se había adueñado de los oídos; unas dicen que no ha podido suceder, otras recuerdan que los dioses verdaderos son capaces de todo: pero Baco seguía sin estar entre ellos. Es reclamada Alcítoe [*otra de las hijas de Minias, que será la narradora de este mito*] después de que sus hermanas han guardado silencio; y ésta, mientras recorría con la lanzadera los hilos del telar vertical, dijo: [...] «Sabed de dónde procede su mala fama, por qué Sálmacis debilita y reblandece los miembros que toca con sus aguas poco vigorosas. El motivo está oculto, el poder de la fuente es muy conocido.

Al niño nacido de Mercurio y de la diosa Citereide [*Afrodita-Venus*] lo alimentaron las náyades en las cavernas del Ida; tenía un rostro en el que podrían reconocerse su madre y su padre; también el nombre lo tomó de ellos. Este, tan pronto como cumplió quince años, abandonó los montes patrios y, dejando atrás el Ida [*monte de Frigia*] que le había alimentado, se gozaba en errar por lugares desconocidos, en contemplar desconocidos ríos con una afición que menguaba sus fatigas. Él también visitó las ciudades licias y a los carios, vecinos de Licia: allí ve una laguna de agua transparente hasta el mismo fondo. Allí no hay cañas de pantano ni estériles ovas ni juncos de afilada punta; el agua es cristalina: sin embargo, el borde de la laguna está rodeado de vivo césped y de hierbas que siempre verdean. Una ninfa la habita, pero que no se dedica a la caza ni suele doblar el arco ni rivalizar en la carrera, y es la única de las náyades no conocida de la veloz Diana. Se cuenta que a menudo sus hermanas le habían dicho: “¡Sálmacis, coge o la jabalina o la coloreada aljaba y alterna tu descanso con el duro trabajo de la caza!” Ella no coge la jabalina ni la coloreada aljaba ni mezcla su descanso con el duro trabajo de la caza, sino que unas veces baña los hermosos miembros en su fuente, a menudo alisa con su peine del Citoro [*monte de Capadocia rico en boj, con cuya madera se hacían los peines*] sus cabellos y consulta a las aguas en las que se mira qué le sienta bien; otras veces, envolviendo su cuerpo con un transparente manto, se recuesta o sobre blandas hojas o sobre blandas hierbas; a menudo coge flores.

Por casualidad las cogía también entonces cuando vio al joven y, tras haberlo visto, deseó poseerlo; sin embargo, no se acercó, aunque la apremiaba acercarse, antes de atildarse, antes de examinar su manto y recomponer su rostro y antes de estar en condiciones de parecer hermosa. Entonces comenzó a hablar así: “Joven, muy digno de ser considerado un dios, si tú eres un dios puedes ser Cupido; si eres un mortal, felices los que te engendraron y dichoso tu hermano y afortunada, ciertamente, tu hermana, si tienes alguna, y la nodriza que te ofreció sus mamas; pero más feliz, mucho más feliz que todos, tu prometida, si tienes alguna, si consideras a alguna digna de la antorcha nupcial. Si tienes alguna, que mi placer sea clandestino; pero, si no hay ninguna, que lo sea yo y vayamos al mismo tálamo”. Después de estas cosas la náyade guardó silencio, el rubor marcó la cara del joven (pues ignora qué es el amor), pero incluso estaba hermoso tras haber enrojecido. Éste es el color de los frutos que cuelgan de un soleado árbol o el del marfil teñido, o el de la luna que enrojece bajo la blancura cuando retumban inútilmente los broncees que le prestan ayuda. A la ninfa, que le pedía sin fin al menos besos de hermana y ya echaba sus brazos al marfileño cuello, le dice: “¿Me dejas? ¿O huyo y dejo esto a la vez que a ti?”

Sálmacis se espantó y dice: “Te entrego libres estos lugares, extranjero”, y finge alejarse dándose la vuelta, mirando para atrás incluso entonces, y escondida se amparó en

una arboleda de matorrales y se agachó doblando las rodillas. Él, por su parte, como si no estuviera siendo observado entre las hierbas solitarias, va de acá para allá y en las juguetonas aguas moja la planta de los pies desde la punta al talón; y sin tardanza, cautivado por la tibieza de las suaves aguas, quita de su joven cuerpo los ligeros ropajes. Entonces le gustó realmente, y Sálmacis ardió por el deseo de sus desnudas formas: también se encienden los ojos de la ninfa no de otro modo que cuando Febo [*Apolo, identificado con el Sol*], muy resplandeciente en su límpido disco, se refleja en la imagen opuesta de un espejo, y apenas soporta la tardanza, apenas retrasa su placer, ya desea abrazar, ya, enloquecida, a duras penas se reprime. Él, golpeando su cuerpo con las manos huecas, salta ágil a las aguas y moviendo sus brazos alternativamente brilla a través de las cristalinas aguas, como cuando alguien recubre de transparente cristal estatuas de marfil o blancos lirios. “¡He ganado y es mío!”, grita la náyade y, arrojando lejos sus vestiduras, se introduce en mitad de las aguas, se adueña del que se resiste y arrebatada besos que se le niegan y pone su mano por debajo y toca el pecho que no lo desea y rodea en actitud envolvente al joven ora por aquí, ora por allá. Finalmente, al que hace esfuerzos por desasirse y quiere escaparse, lo enreda como una serpiente a la que el ave real levanta y arrebatada en lo alto (ella mientras, colgada, encadena su cabeza y sus pies y con la cola enreda las alas desplegadas), o como suelen las hiedras meterse entre los grandes troncos, o como un pulpo retiene al enemigo apresado bajo las aguas dándole golpes por todas partes con sus tentáculos. Resiste el Atlantiada [*Hermafrodito, por ser nieto de Atlas*] y niega a la ninfa su esperado placer; ella lo abraza estrechamente y, unida a él con todo su cuerpo tal como estaba adherida, le dijo: “Por más que luches, malvado, sin embargo no escaparás. Ordenadlo así, dioses, y que ningún día separe a éste de mí ni a mí de éste.” Sus súplicas alcanzaron a sus dioses: pues los cuerpos mezclados de los dos se unen y un solo aspecto los cubre; como cualquiera que reúne ramas en una corteza ve que al crecer se juntan y que se desarrollan a la vez, cuando los cuerpos se han unido en un apretado abrazo no son dos sino una figura doble, de modo que no puede ser llamado ni mujer ni joven y no parece ni uno ni otro y parece uno y otro.

Así pues, cuando Hermafrodito ve que las transparentes aguas, en las que se había sumergido como hombre, lo habían convertido en medihombre y contempla sus miembros debilitados en ellas, alzando sus manos, pero ya no con voz varonil, dice: “Conceded a vuestro hijo, que lleva el nombre de los dos, padre y madre, un obsequio: que cualquiera que llegue como hombre a esta fuente salga de ella medihombre y se debilite nada más tocar estas aguas”. Conmovidos el padre y la madre, ratificaron las palabras del hijo de doble figura y tiñeron la fuente con un impuro brebaje.»

Texto tomado de la edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M.ª Iglesias, Madrid, Cátedra, col. Letras Universales, 2003, 5ª ed.

Para consultar nombres mitológicos y geográficos:

- Diccionario de Mitología griega y romana: <http://www.alandalus-siglo21.org/mitog/griega.htm>
- El Olimpo.com: <https://www.elolimpo.com/>
- Rea. Mitología griega: <http://rea.kelpienet.net/index.php>
- Encyclopedia Mythica (en inglés): <https://pantheon.org/>

Aracne (OVIDIO: *Metamorfosis*, libro VI, versos 1-145)

La Tritonia [*Atenea-Minerva*] había prestado oídos a tales relatos y había dado su aprobación al canto de las Aónides [*las Musas*] y a su justa cólera [*porque este relato sigue a una competición entre las Musas y las Piérides, narrada en el libro V, en la que éstas han sido vencidas y transformadas en urracas*]. A continuación se dice a sí misma: «Poca cosa es alabar, sea yo misma alabada y no permita que mi divinidad sea despreciada sin castigo», y dirige su pensamiento al destino de la meonia [*Meonia es un antiguo nombre de Lidia, en Asia Menor*] Aracne, de la que había oído que no se consideraba inferior a ella en las alabanzas del arte de tejer la lana.

No fue ilustre aquélla [*Aracne*] ni por su nacimiento ni por el origen de su linaje, sino por su arte; su padre, Idmon de Colofón, teñía la lana que se empapa con púrpura de Focea; había muerto su madre, pero también ésta había sido una mujer del pueblo e igual a su marido. Sin embargo, ella había conseguido con su dedicación un nombre digno de recuerdo por todas las ciudades lidias, por más que, nacida en una casa pequeña, vivía en la pequeña Hiépeas [*ciudad de Lidia, al pie del monte Timolo y próxima al río Pactolo*]. Para contemplar su trabajo digno de admiración, muy a menudo las ninfas abandonaron los viñedos de su Timolo, abandonaron sus aguas las ninfas Pactólides. Y era agradable contemplar no sólo los vestidos ya hechos, también incluso en el momento en que se confeccionaban (tanta gracia había en su habilidad), bien si enrollaba la basta lana en los primeros ovillos, bien si con sus dedos modelaba la labor y suavizaba los vellones, que semejabán nieblas, traídos y llevados en largo recorrido, bien si con su ágil pulgar hacía girar el torneado huso, o si bordaba con la aguja; estarías convencido de que había sido enseñada por Palas [*Minerva-Atenea*]. Sin embargo ella misma niega esto y, enfadada con tan importante maestra, dice: «¡Que compita conmigo! Nada hay que yo pueda rechazar una vez vencida.»

Palas finge ser una anciana y añade falsas canas a sus sienes e incluso sostiene sus débiles miembros con un bastón; entonces comenzó a hablar así: «No todo lo que debemos evitar lo posee la edad avanzada: el provecho surge de los tardíos años. No desprecies mi consejo. Busca para ti entre los mortales la máxima gloria en el arte de tejer la lana: considérate inferior a la diosa y con voz suplicante, atrevida, pide perdón para tus palabras: ella dará su perdón a quien lo niegue.» Contempla a ésta con torva mirada y abandona los hilos recién cogidos y, sujetando apenas la mano y haciendo patente en su rostro la cólera, contestó en tales términos a la irreconocible Palas: «Vienes carente de razón y agobiada por una duradera vejez y mucho perjudica el haber vivido demasiado. Que oiga estas palabras tu nuera, si tienes alguna, tu hija, si alguna tienes. Bastante consejo tengo en mí misma, y no creas que has conseguido nada con tus recomendaciones, mi opinión es la misma. ¿Por qué no viene ella en persona? ¿Por qué evita esta contienda?» Entonces la diosa dice: «Ha venido» y se despojó de su apariencia de anciana y dejó al descubierto a Palas. Las ninfas y las mujeres migdónides [*de Frigia*] rinden culto a su divinidad, la única no aterrorizada es la joven; pero, no obstante, enrojeció y un repentino rubor manchó su rostro que lo rechazaba y de nuevo desapareció, como suele el aire convertirse en color púrpura tan pronto como la aurora se pone en marcha y, después de un breve momento, blanquearse con la salida del sol. Insiste en su intención y, con el deseo de una estúpida victoria, se precipita a su destino; pues la hija de Júpiter no se niega, ni le hace más advertencias ni aplaza ya la contienda.

Sin dilación, ambas colocan dos telas de fina urdimbre en lugares apartados y las tensan: la tela está sujeta con el rodillo, el peine separa la urdimbre, se mete en el centro de agudas lanzaderas la trama que los dedos preparan y llevada entre los hilos la apisonan los serrados dientes del peine contra el que golpean. Las dos se apresuran y, ciñendo el vestido al pecho, mueven sus hábiles brazos con un afán que burla el cansancio. Allí se teje la púrpura que ha conocido el caldero tirio [*era muy cotizada la púrpura de Tiro*] y también las suaves sombras que apenas se diferencian, como, al ser atravesados los rayos del sol por la lluvia, suele colorear una gran extensión del cielo con su enorme curvatura el arco iris, en el que, aunque brillan mil colores distintos, sin embargo la propia transición burla los ojos que lo contemplan: hasta tal punto lo que toca es igual; sin embargo, los extremos son distintos. También allí se mezcla entre los hilos el flexible oro y en la tela se va entrelazando una antigua fábula.

Palas borda en la ciudadela cecropia [*ateniense*] el peñasco de Marte [*el Areópago*] y la vieja disputa por el nombre del territorio. Doce dioses celestiales, con Júpiter en el centro, se asientan en altos sitios con augusta gravedad; a cada uno de los dioses lo distingue su propio aspecto: la de Júpiter es la imagen de un rey; hace que esté de pie el dios del mar y que con su largo tridente golpee las ásperas rocas y que del interior de la herida de la roca brote un mar, prenda con la que reclama la ciudad; en cambio a sí misma se da un escudo, se da una lanza de aguda punta, se da un casco para su cabeza; se protege con la égida el pecho, y reproduce que la tierra golpeada por la propia punta de su lanza hace salir el retoño de un blanquecino olivo con sus frutos, y que los dioses se admiran; la victoria es el final de la labor. Pero, para que la rival de su gloria comprenda con ejemplos qué recompensa puede esperar por tan demente osadía, añade en cuatro partes cuatro contiendas brillantes por su color, adornadas de pequeñas figurillas. Una esquina la ocupa la tracia Ródope y el Hemo, ahora helados montes, en otro tiempo cuerpos mortales, quienes se atribuyeron los nombres de los dioses supremos. Otra parte la ocupa el desgraciado destino de la madre pigmea: a ésta, vencida en una competición, Juno le ordenó ser grulla y declarar la guerra a su pueblo. Bordó también a Antígona, que en otro tiempo se atrevió a rivalizar con la esposa del gran Júpiter, a la que la regia Juno convirtió en ave, y de nada le sirvió Ilio ni su padre Laomedonte para que, como una cigüeña blanca con las alas que la han revestido, no se aplauda a sí misma con su pico que castañetea. La única esquina que queda tiene a Cíniras privado de descendencia y éste, abrazando los escalones del templo, los miembros de sus propias hijas, y tendido en la roca parece llorar. Rodea los extremos con olivos de la paz (éste es el borde) y con su árbol pone fin a la labor.

La Meónide [*de Lidia, vid. supra*] dibuja a Europa engañada por la imagen de un toro: consideraría real el toro, real el mar; parecía que ella en persona contemplaba las tierras abandonadas y que llamaba a sus compañeras y que temía el contacto del agua que saltaba hacia ella y que encogía sus temerosos pies. Hizo también que Asterie [*amada por Júpiter, como las que se citan a continuación*] estuviera sujeta por un águila, hizo que Leda estuviera tendida bajo las alas de un cisne; añadió cómo Júpiter, oculto bajo la apariencia de sátiro, llenó a la bella Nictéide [*Antíope, hija de Nicteo*] de prole gemela, cómo fue Anfitríon cuando te cautivó, Tirintia [*Alcmena*], de qué manera siendo oro engañó a Dánae y como fuego a la Asópide [*Egina*], como un pastor a Mnemósine, como tachonada serpiente a la Deoide [*Prosérpina*]. También a ti, Neptuno, convertido en fiero novillo, te colocó junto a la doncella eolia [*Cánace*], tú, bajo la apariencia del Enipeo [*río*], engendras a los Aloidas [*Oto y Efialtes, hijos de Neptuno*], como carnero engañas a la Bisáltide [*Teófane*]; y la de rubios cabellos, la muy benigna madre de las mieses [*Deméter-Ceres*], te sufrió como caballo, como ave te sufrió la madre de cabellera de serpientes del caballo alado [*Pegaso*], como delfín te

sufrió Melanto [*hija de Deucalión*]; a todos éstos les proporcionó su propia figura y la configuración de los lugares. Allí está con apariencia de campesino Febo [*Apolo*] y cómo unas veces llevó alas de gavián, otras lomo de león, cómo, semejante a un pastor, burló a la macareide Ise, cómo Líber [*Baco*] defraudó a Erígone con falsas uvas, cómo Saturno, bajo la apariencia de caballo, engendró a Quirón, de doble cuerpo [*es un centauro*]. La última parte de la tela, bordeada por una estrecha cenefa, tiene flores entrettejidas con hiedras entrelazadas.

No podría Palas, no podría la Envidia denigrar aquella obra; la rubia doncella varonil [*Atenea-Minerva*] se dolió del éxito y rasgó las ropas bordadas, acusaciones contra los dioses, y, según sujetaba una lanzadera procedente del monte Citoro, golpeó tres o cuatro veces la frente de la idmonia Aracne. No lo soportó la desventurada y, llena de valor, se ató la garganta con un lazo. Palas, compadecida, sostuvo a la que colgaba y le dijo así: «¡Mantente viva aún, pero cuelga, desvergonzada, y que este mismo tipo de castigo, para que no estés libre de preocupación por el futuro, sea dictado para tu linaje y tus lejanos descendientes!»

Después, apartándose, la roció con los jugos de una hierba de Hécate [*diosa de la magia y los hechizos*], y al punto sus cabellos, tocados por la funesta poción, se desvanecieron y junto con ellos la nariz y las orejas, y su cabeza se redujo al mínimo y también es pequeña en la totalidad de su cuerpo; en su costado están clavados unos endebles dedos en lugar de piernas, el resto lo ocupa el vientre, del que, sin embargo, ella deja salir el hilo y como una araña trabaja las antiguas telas.

Texto tomado de la edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa M.ª Iglesias, Madrid, Cátedra, col. Letras Universales, 2003, 5ª ed.

Para consultar nombres mitológicos y geográficos:

- Diccionario de Mitología griega y romana: <http://www.alandalus-siglo21.org/mitog/griega.htm>
- El Olimpo.com: <https://www.elolimpo.com/>
- Rea. Mitología griega: <http://rea.kelpienet.net/index.php>
- Encyclopedia Mythica (en inglés): <https://pantheon.org/>